

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO V

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 186

Parte del capitán Brizuela a don José de la Cruz, de la acción contra los insurgentes en el pueblo de la Piedad.— Octubre 29 de 1814

El capitán don Anastasio Brizuela, comandante militar del pueblo de la Piedad me ha dirigido el parte siguiente.

Mi general: El odioso encono con que los rebeldes miran a esta plaza, continuo baldón de sus inútiles tentativas, originó la más temeraria que pudieron formar entre la multitud de cabecillas padre Torres, padre Sáenz, padre Navarrete, padre Sixto, padre Carrasco, padre Uribe, un fraile dominico, Cabeza de Vaca, Obregón, Velasco, y las gavillas del Valle de Santiago, reunidas en más de dos mil hombres más de mil fusiles, y dos cañones con que se presentaron a las cortaduras de este pueblo el día 24 del presente que circundado lo más de él por su foso general cubría dentro más de trescientas casas de regular construcción; pero ni la numerosa chusma ni el atrevido acometimiento, con que lo penetraron, hizo desmayar a los valientes y corta guarnición que tengo el honor de mandar, la que sólo se componía de veinte de Toluca, veinte de Guadalajara y cuarenta patriotas, pues aunque tenía más de guarnición andaban de partida unos, y otros estaban enfermos en disposición de no poder tomar las armas. Este cortísimo número de gente luego que los vio gritando llenos de gusto viva el rey, corrieron a guarnecer los puntos a que los destiné, los que defendieron contra un fuego incesante que nos hacían por todas partes hasta arrojarse debajo de nuestras baterías con barras a escalar las casas que cercan la plaza de este pueblo, y que resguardan nuestras últimas cortaduras; duró porfiado el ataque todo ese día, hasta como a las siete de la noche en que se retiraron, y como mi tropa era poca, sólo cuidé de vigilar toda esa noche sin desamparar los puntos, se presentaron al día siguiente por segunda vez, y me mandaron un mensaje con una mujer el que rompí sin leer expresándome en los términos

que merecía semejante atentado, lo que acaso entendido por ellos, llenos de desesperación se arrojaron con la misma o mayor intrepidez que el día anterior, metiéndose debajo de mis baluartes que ya no operaban, y recibían algún daño de sus cañones, con cuyo motivo mandé bajar mi tropa a resguardar la diversidad de partes por donde acometieron; por once bardas trataron de escalar penetrando algunas cercas, que agregado a nueve cortaduras que tiene la plaza de este pueblo necesitaba defender veinte puntos; la guarnición como he dicho a su señoría era de ochenta hombres, y teniendo que defenderlos todos a cada uno lo resguardaban cuatro; necesitaba a más gente de reserva para acudir a donde cargaba mayor impulso, y con este motivo era necesario quitar para ese fin de donde menos peligro había; esta alternativa era continua porque la multitud atacaba casi a un tiempo en todas partes; era continuo el movimiento de mis cañones para la defensa, los que eran arrastrados con infatigable empeño por los paisanos, muchachos y algunos con sólo mujeres; es imponderable ilustre señor el ardor y valentía con que se defiende esta gente, pues se presentaban en las cortaduras cinco o seis de los más pequeños disputando el fusil a los soldados; en todos reina un heroico entusiasmo, y se arrostran con gallardía a menospreciar la muerte. En este estado de fatiga ya no se observaba la fuga más que por dentro de las bardas, y casas, las que exhalando lenguas de fuego entre espesas nubes de humo nos ocultaba la vista de la canalla, con cuyo motivo era preciso hacer fuego aun sin dirección para retirarlos; llegaron en varios puntos a agarrarse de las bocas de los fusiles unos con otros, y tan inmediatos estuvimos oradadas las paredes de los intermedios que respondían mis soldados a sus amenazas y dicitos, procurándolos aquellos entusiasmar con que venían a libertarlos como digo el rebelde Torres ¡Insensatos como si el amor fraternal de hermanos fuese cautiverio! Tuve que hacerles fuego, y esforzar mi tropa diciendo que no atacasen como las raposas guardándose en los ángulos de las casas, y rompiendo sus intermedios que se presentasen al frente de mis cortaduras

todos, y verían el valor de mi tropa. Duró todo ese día, la noche y la mañana del siguiente como a las once el ataque, sostenido de un violentísimo fuego, cubriendo las brechas que abrían con tercios de lana y losas, que mandé arrancar de los portales, y aun con la precisión de encender nuestros fusiles con yesca, pues ya estaban los más descompuestos a causa de mucho fuego; nos hubiéramos visto en la precisión de defendernos a arma blanca si no hubiese llegado con tanta oportunidad a nuestro socorro el siempre activísimo infatigable señor brigadier mi comandante general don Pedro Celestino Negrete. Murieron en la acción más de cien rebeldes entre ellos a el que nombran general del Valle de Santiago Fulgencio Rosales, dos coroneles y su padre capellán con más de doscientos heridos. De nuestra parte sólo tuvimos la desgracia de tres muertos de Toluca, un patriota de este pueblo, dos mujeres y un paisano, estos tres últimos de las balas que cruzaban la plaza de este pueblo.

En tan gloriosa acción no puedo menos que recomendar a su señoría al señor cura de este pueblo don Pedro Borja, al comandante de patriotas don Raimundo Suárez Alonso con sus oficiales, al subteniente de granaderos de Toluca, graduado de teniente don Manuel Capetillo, al valentísimo sargento 1º de artillería Santiago Serrano con sus artilleros, al alcalde 1º voto don Francisco Suárez que me ayudó exactamente con su cabildo y paisanaje, y en fin a los valentísimos y muy distinguidos piquetes de Toluca y Guadalajara con los valientes patriotas de este pueblo, y encarecidamente a la numerosa huérfana familia de don Bartolo Bravo muerto en esta gloriosa acción, y distinguido siempre con valerosos hechos en todos los ataques que hemos tenido en este pueblo, a la familia de las Montañeses, que en compañía de otras señoras rechazaron a los malvados por un punto de esta plaza sólo a pedradas, teniendo que decirme cuando fui a su auxilio que me retirase que ellas solas eran suficientes para aquel punto.

Toda explicación en tan brillantes hechos, me parece corta, y mucho más me parece para ponderar a su señoría la infeliz situación de todo lo más del pueblo que no pudiendo defenderlo desde nuestras baterías se cebó la furia de estos crueles en ellos, incendiándoles sus casas con sus semillas, ropa, y errantes auxilios tenían para su subsistencia, escapando únicamente sus personas que estaban dentro de esta plaza, y quedando todo el resto de este pueblo reducido a cenizas, y aun sin embargo con sus tiernos hijos en los brazos llorando de hambre alojados al pie de sus quemadas paredes, en los portales y en el campo, se consuelan únicamente con su lealtad; ellos saben que la virtud oprimida en el pueblo español, generoso y noble es apreciada, ¡este vecindario que tantos sacrificios ha hecho por su religión, por su rey y por su patria, hoy se ve reducido a la desnudez, y a la mendicidad! pero correré el telón a tan funesta desgracia, para ocultar a las tiernas entrañas de su señoría un espectáculo que pide lágrimas de continuo, y sólo le suplico alabe sus méritos a los pies del trono para que llegue su lealtad a noticia de nuestro amado Fernando (que Dios guarde) Dios guarde a su señoría muchos años. Piedad octubre 19 de 1814.—
Anastasio Brizuela.— Señor mariscal de campo don José de la Cruz.

Lo que traslado al público para su noticia y satisfacción. Guadalajara 23 de noviembre de 1814.— José de la Cruz.

La edición del tomo V de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602